



EDITORIAL

Por: Vladys Talayero

Reconstruir la economía pensando en el planeta

Cuando este número vea la luz, llevaremos seis semanas y media de confinamiento, un tiempo en el que la economía de todos los países del mundo desarrollado se ha paralizado en mayor o menor medida. Por otro lado, los hábitos de consumo y los comportamientos de la sociedad se han visto gravemente alterados.

La opinión de todos los expertos, bien sean sanitarios, sociólogos o economistas, siempre tiene un denominador común: "Nos estamos adentrando en un terreno desconocido". Los sanitarios aún no conocen con exactitud el comportamiento del virus, la inmunidad y los posibles tratamientos antivirales.

Los sociólogos, por su parte, desconocen el alcance que pueda tener en la masa poblacional el confinamiento, el distanciamiento social tras la desescalada y, lo más importante, las filias y fobias que pueden acabar produciéndose tras un cambio tan radical en nuestras costumbres.

Por otro lado, los economistas presentan serias dudas ante cómo será el comportamiento de una economía que se ha congelado. No hay precedentes al respecto. Las horquillas presentan un incierto panorama, desde desconciertos de un 7% en su tramo más bajo, a caídas superiores al 14%. Una cosa está clara, esta crisis va a golpear especialmente a España, y

va a ser así porque el peso el turismo en la economía española fue de 148.000 millones de euros en 2018, lo que supuso el 12,2% del PIB y el 13% del empleo. El número de turistas extranjeros en 2018, con 83,7 millones de viajeros internacionales y un gasto de 82.337 millones de euros, es una cifra demasiado considerable como para no tenerla en cuenta ante el incierto panorama que se nos presenta.

De esta pandemia hemos aprendido algunas valiosas lecciones, deslocalizar la fabricación de productos estratégicos en países donde se produce más barato, en situaciones de extrema necesidad generalizada, provoca el desabastecimiento, el encarecimiento especulativo y la lucha entre países para conseguir el lote más grande (sin importar el precio) de unos productos que no siempre han cumplido con las homologaciones y la seguridad necesarias para un sector tan estricto como el sanitario.

Otra lección, no menos desdiable, es la bajada en todos los indicadores de los niveles de contaminación. El CO₂ en la atmósfera ha descendido, el agujero de ozono se está cerrando a mayor ritmo, la contaminación de las aguas está disminuyendo debido a la menor emisión de sustancias tóxicas por parte de la propia actividad humana y la fauna, vuelve a coloni-

zar las alrededores de las zonas urbanizadas.

Nuevamente nos adentramos en terreno desconocido. ¿Seremos capaces de reconstruir la economía pensando también en el medio ambiente?

De no hacerlo así volveremos a caer en el mismo error, y las consecuencias del aumento de temperaturas pueden provocar que determinados virus (y sus transmisiones) de las regiones tropicales, tales como el Dengue, la Malaria, el Zika o el Ébola, podrían afectar a amplias regiones de nuestro territorio.

Más allá de nuestro propio interés en que esto no ocurra, deberíamos pensar en cómo nuestro desarrollo sin planificar, afecta a pulmones de la Tierra como la Amazonia, las selvas pluviales centroafricanas y del sudeste asiático. Allí vive una fauna que se está extinguiendo paulatinamente, y unos pobladores humanos ancestrales cuyo normal ritmo de vida, que se remonta a milenios atrás, se ve afectado y no para bien, por las explotaciones petrolíferas, madereras y la agricultura y ganadería extensivas.

A esta nueva era, que algunos geólogos sitúan en los orígenes de la agricultura y la ganadería, hace 11.000 años, pero que tuvo su punto de inflexión tras la Revolución Industrial del siglo XIX y el posterior desarrollo tecnológico y consumista en el siglo XXI, la llaman **antropoceno**, y en este suplemento hablamos de ello.